

LA CONTEMPORANEIDAD OCCIDENTAL DESDE LAS TEORÍAS DE LA COMUNICACIÓN: ALGUNAS CLAVES PARA EL DESENTRAÑAMIENTO DE LA CULTURA

Leonarda García Jiménez

(Universidad Católica de Murcia)

leonardagj@hotmail.com

Resumen:

Vivimos en sociedades altamente complejizadas. Más allá de este supuesto socialmente compartido, son necesarias reflexiones que ayuden a entender nuestros entornos de una manera profunda, que vayan más allá de lo evidente y que lleguen hasta la estructura social, apasionante tarea que puede ser brillantemente respondida desde la investigación en ciencias sociales. En este artículo se proponen algunas claves para el desentrañamiento de lo social, claves que son propuestas desde una perspectiva comunicativa, desde las interdisciplinarias ciencias de la comunicación.

Palabras clave: Teorías de la comunicación, ciencias de la comunicación, sociedad contemporánea, cultura.

Abstract:

We live in a very complex social environment. Because of that, the reflections about the society are very necessities for understanding the context. We need a deep knowledge to exceed the evidence. And this kind of knowledge is contained in social sciences. This article proposes some keys for understanding the contemporary society, some communicatives keys. The principal aim is to think about culture from a communicative perspective.

Keywords: *Communication theories, communication sciences, contemporary society, culture.*

1. INTRODUCCIÓN: UNA MIRADA COMUNICATIVA HACIA LO CULTURAL

Vivimos en una sociedad que, ante todo, se caracteriza por su enorme complejidad, circunstancia sin duda fomentada por la interconexión global de los distintos fenómenos (políticos, sociales, económicos, legales-jurídicos), lo que hace que raras veces podamos aislar un acontecimiento, es decir, raras veces po-

demos entenderlo de manera independiente del resto. Creo que este hecho otorga un papel clave a las ciencias sociales en esta época, dado que los saberes científicos que las integran deben ser los que den cuenta y desentrañen las claves valederas para aprehender lo social, lo cultural y lo ecológico. Lo social aparece referido a

[...] lo más evidente de la composición, lo que aparece a la mirada del observador que inicia una indagación [...] La dimensión de la cultura es lo que se encuentra más allá de lo evidente, la estructura que configura en poco a la diversidad y heterogeneidad de lo social. La dimensión de la ecología es lo más amplio de toda la observación reflexiva, lo que permite relacionar lo socio-cultural con lo no social ni cultural, lo que marca los ámbitos generales de configuración de la escena humana, lo que marca los límites de lo humano y lo no humano (Galindo Cáceres, 1998: 13).

Teniendo en cuenta estos tres espacios teórico-reflexivos, el presente artículo se moverá en el plano intermedio de la cultura, ofreciendo algunas claves que abran nuevas preguntas exploratorias para llegar hasta la dimensión más ambiciosa, la ecológica.

En este contexto se nos va a permitir centrarnos en un campo de estudio concreto, dado que es muy probable que debido a la importancia de la información y la comunicación en el presente, las ciencias de la comunicación tengan una mayor responsabilidad en la profundización científica del entorno, puesto que es precisamente su objeto de estudio el que finalmente se manifiesta como el gran tótem de este tiempo. No abordaremos en este artículo la polémica de la identidad de la investigación en comunicación, puesto que esa empresa ya la hemos tratado de resolver —con mayor o menor acierto— en otro lugar (García Jiménez, 2007). Por ello, más que el debate metateórico o epistemológico sobre la relación que estas ciencias interdisciplinarias mantienen con el resto de disciplinas sociales, nos interesa aquí la reflexión sobre la cultura, no desde cualquier perspectiva (lo que, sin duda, desbordaría las pretensiones de este trabajo), sino desde un punto de vista comunicacional, esto es, partiendo de que la comunicación es el fenómeno primario que explica todos los demás (Craig, 1999). Podría objetarse que esta visión es sesgada e inconclusa, determinista si se prefiere, pues vamos a tratar de aportar algunas claves desde un solo ángulo que a todas luces es comunicativo. No queremos con ello defender la idea de que la sociedad ha evolucionado exclusivamente gracias a la comunicación, sería demasiado sencillo, demasiado totalitario, puesto que en esa línea discursiva, el siguiente paso sería la reafirmación de la disciplina comunicativa como LA VÍA para aprehender nuestro tiempo, postura científicista¹ en la que de momento no quisiéramos caer. Lo que vamos a tratar de desarrollar son una serie de cuestiones que desde las teorías de la comunicación, o lo que es lo mismo, desde la perspectiva comunicacional, darán buena cuenta de la sociedad contemporánea. Llegados a este punto es necesario aclarar que la articulación teórica que recogemos en este artículo está referida principalmente a occidente, pues es el ámbito sociohistórico desde el que hemos mirado a la contemporaneidad y dado que las teorías son hijas de su tiempo, dado que en ciencias sociales objeto y sujeto convergen en el denominado *efecto Heisenberg*, las teorías aquí recogidas son fruto de un pensamiento occidental que en ocasiones ha estado impregnado por un indudable eurocentrismo.

¹ Para profundizar en la crítica al cientificismo, véase Alonso (2004).

Leonarda García Jiménez

Los aspectos que de manera sucinta van a ser planteados deben ser entendidos como trazos de un cuadro social que es abstracto y complejo. En concreto, nos centraremos en las dos siguientes pinceladas. En primer lugar, creemos que la categoría de la información y la comunicación en esta revolución tecnológica es superior a la de épocas anteriores, pues si bien es cierto que estas realidades han existido a lo largo de toda la historia, no lo es menos el hecho de que ahora se han convertido en las principales fuentes de poder y riqueza del sistema, afirmación menos evidente antes de la emergencia de la época moderna en el siglo XVIII. En segundo lugar, los medios de comunicación son las instituciones sociales más importantes de nuestro tiempo gracias a su enorme capacidad de creación de contenidos simbólicos, por lo que hay que prestarles una especial atención, debido a que las industrias culturales han tenido una influencia poderosa y a largo plazo, lo que ha hecho que a lo largo de los tres últimos siglos los media hayan moldeado las distintas realidades humanas (identidad, espacio público, creencias, etc.) hasta configurarlas tal y como son en la contemporaneidad.

Por ello, las industrias culturales han jugado un papel clave en la emergencia de la modernidad, puesto que junto a otros factores (Reforma Protestante, Ilustración, Revolución Industrial) fueron una de las causas del paso de una época premoderna a otra moderna (a partir del siglo XVIII). Hoy continúan siendo elementos clave en la configuración social, puesto que aparecen como potenciadores de una cultura visual, cuestión que se encuentra íntimamente relacionada con la espectacularización de la vida en general y con el predominio de los elementos emotivos frente a los cognitivos, lo que abre el debate sobre la posibilidad de una nueva época posmoderna.

Teniendo en cuenta estos planteamientos, es el objetivo prioritario del presente artículo esbozar una reflexión teórico-comunicativa, una mirada más sobre lo socio-cultural, para aprehenderlo, comprenderlo, profundizarlo y tomar conciencia de quiénes somos, dotando de sentido a los eventos que acontecen en nuestro entorno.

2. LA INFORMACIÓN Y LA COMUNICACIÓN EN LA REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA CONTEMPORÁNEA

La información y la comunicación se han convertido en dos elementos claves dentro del sistema capitalista de acceso, hasta tal punto que se define a la época contemporánea como una sociedad informacional, es decir, una sociedad en la que *la generación, el procesamiento y la transmisión de la información se convierten en fuentes esenciales de productividad y poder debido a las nuevas condiciones tecnológicas que surgen en este periodo histórico* (Castells, 2000: 51). En este sentido, es probable que una expresión que ha alcanzado un mayor grado de legitimación sea la de sociedad de la información, si bien es cierto que no resulta novedosa la existencia de información en la sociedad, por lo que definir de esta forma a la era contemporánea resuelta un tanto superfluo. Además, no hay que obviar el componente ideológico de la expresión (Pérez Tapias, 2003 y Mattelart, 2002) dado que con frecuencia se habla del acceso ilimitado a enormes volúmenes de conocimiento, donde éste es obtenido y compartido por todos los miembros del entorno –ciudadanos, empresas y administraciones públicas– (Telefónica, 2003). La carga ideológica de esta última perspectiva hace que la aproximación conceptual no contemple, o al menos, no refleje la problemática de la brecha digital, es decir, aquellos ciudadanos, áreas

geográficas o actividades que están quedando al margen de la lógica tecnológica (acceso a los dispositivos o uso provechoso de los mismos). Este hecho tiene, si cabe, unas repercusiones más graves en la actualidad, puesto que sabemos que el principal modelo de desarrollo consolidado es el socio-técnico, es decir, aquél fundamentado en las tecnologías de la información y la comunicación (telecomunicaciones, informática, sistemas de satélites) y que ubica en su epicentro a Internet, lo que significa que no estar conectado a la red de redes tiene una consecuencia más profunda: quedar excluido de las principales vías de desarrollo, las únicas, una vez que el sistema capitalista ha ganado la partida al comunista (Castells, 2001).

Definitivamente, creemos que la apuesta conceptual de Galindo Cáceres (1998: 15-16) en su aproximación a la contemporaneidad puede ayudarnos a clarificar algunos aspectos. El autor distingue entre sociedad de información y sociedad de comunicación: la primera es una forma cerrada de lo social y se da en aquellas sociedades en las que la información es manejada por unos pocos que ejercen el poder y la dominación sobre los muchos. Es el caso de las dictaduras, teocracias, monarquías absolutas, etc. El autor también incluye aquí a las democracias occidentales actuales (Galindo Cáceres, 1998: 15). La segunda, la sociedad de comunicación, es abierta –el proyecto de la modernidad occidental– y está compuesta por ciudadanos libres y participativos, por individuos críticos y reflexivos. No importa tanto el control como el diálogo y concertación con los demás, *poniendo en juego todo el saber posible para un mejor diálogo y una mayor decisión concertada y ejecutada* (Galindo Cáceres, 1998: 16). En este segundo tipo de organización social, la información es clave pero es estructuralmente más relevante lo que hacen con ella los actores en interacción dialógica (Galindo Cáceres, 1998: 17). Como vemos, el segundo tipo de estructura es de una mayor complejidad que la primera, puesto que en ella la horizontalidad en las relaciones multiplican hasta el infinito las interacciones, situación que no se da en las sociedades de carácter más vertical y unilateral. De todas formas, el autor no se queda aquí y ofrece cuatro tipos, cuatro tipologías sociales que irían de las formas de interacción más simple a las más complejas: comunidad de información, sociedad de información, sociedad de comunicación y comunidad de comunicación (Galindo Cáceres, 1998: 15).

Ahora cabría preguntarse en qué estadio se encuentran las sociedades occidentales sobre las que se centra la reflexión de este trabajo, partiendo del supuesto de que en cualquiera de las tipologías perviven rasgos y elementos de las demás: en unos casos la cultura de información será predominante (en la comunidad y en la sociedad de información), es decir, el hecho social más relevante será la distribución disimétrica del saber; y en otros casos, la cultura de comunicación será la realidad más fehaciente (en la sociedad y comunidad de comunicación), esto es, más que el flujo de datos unidireccionales, se desarrolla y pervive en estas últimas tipologías las formas sociales de encuentro y diálogo (Galindo Cáceres, 1998: 17). Suponemos que a la espera de un mayor desarrollo de la cultura de comunicación para llegar hasta lo que el autor denomina como comunidad de comunicación, son las sociedades contemporáneas occidentales híbridos, mixturas, en las que prevalece la cultura comunicativa frente a la informativa, aunque los elementos y rasgos de esta última subsisten, difícil tarea su erradicación definitiva: *Las formas de este tipo social no están agotadas, el futuro tiene un lugar aún para la sociedad de información* (Galindo Cáceres, 1998: 15).

Leonarda García Jiménez

Una vez aclarada esta cuestión, en relación al capitalismo y la importancia de la información-comunicación, nos encontramos en un momento en el que la propiedad intelectual ha adquirido mayor relevancia que la física (el concepto de valor se separa de lo material y cada vez tiende más al disfrute y al acceso), de ahí que se haya denominado a este momento como una *era de acceso* (Rifkin, 2000). Apunta Rifkin (2000: 13-21) que en la época moderna la propiedad y el mercado eran prácticamente sinónimos, de hecho la economía capitalista se fundó sobre la idea del intercambio de propiedad en el mercado (proceso abstracto de comprar y vender cosas). Pero la nueva realidad económica está contribuyendo a que la sociedad reconsidere los tipos de vínculo que definirán a las sociedades venideras. En esta nueva *era del acceso* los mercados dejan sitio a las redes y el acceso sustituye cada vez más a la propiedad, lo que obviamente no significa que ésta desaparezca, sino que empieza a abandonarse la realidad básica de la vida económica moderna: el intercambio mercantil de la propiedad entre compradores y vendedores. Lo que sucede con la propiedad es que es menos probable que se intercambie en el mercado, sino que los proveedores se la quedan y la ceden en alquiler con opción de compra, arrendamiento, la alquilan o cobran una cuota de admisión. En la economía red, en lugar de intercambiar la propiedad, es más probable que las empresas accedan a la propiedad física e intelectual. Por ello el capital intelectual es la fuerza motriz de la nueva era y lo más codiciado. Y en este punto radica una de las grandes transformaciones, una de las principales consecuencias del estatus adquirido por la información como es el que para disfrutar de algo no hace falta poseerlo, basta con tener acceso a él.

Así, Rifkin expone que si bien en el capitalismo industrial el régimen de propiedad era el fundamento que daba sentido a la economía y al sistema en general, en el emergente capitalismo cultural se está produciendo una transición hacia el acceso. Los conceptos, las imágenes, las ideas y no las cosas son los artículos de valor en la nueva economía. El valor ya no está asociado a la posesión material, sino que, en parte, queda virtualizado, es intangible, puesto que reside en la imaginación y la creatividad humanas en vez de en el capital físico. El capital intelectual rara vez se intercambia sino que los proveedores (que han sustituido a los vendedores y los usuarios a los compradores) lo retienen rigurosamente y arriendan u ofrecen a otros la licencia de uso por un tiempo delimitado:

En la nueva era asegurarse el acceso a la mayor diversidad de recursos y experiencias que alimenten nuestra existencia psicológica se convierte en algo tan importante como mantener la propiedad. La producción cultural es la etapa final del modo de vida capitalista que comenzó fabricando productos, para más tarde abocarse a la proporción de servicios y terminando en el ofrecimiento del acceso a la experiencia (Rifkin, 2000: 19).

Y ésta es precisamente la crisis de la posmodernidad que señala el autor: *La economía ha puesto sus miras en la última esfera de la actividad humana que quedaba por mercantilizar: la cultura. El tiempo cultural se desvanece, dejando a la humanidad exclusivamente con vínculos comerciales como elemento de apoyo civilizatorio* (Rifkin, 2000: 21).

También la existencia del espacio de flujos (Castells, 1997) pone en evidencia el carácter totémico de la información, puesto que las redes, las interacciones repetitivas entre las diferentes infraestructuras, son los nuevos ejes sobre los que se con-

figuran las sociedades contemporáneas; éstas no están construidas en torno a lugares o espacios físicos determinados, sino en torno a flujos: de capital, de información, de tecnología, de interacción organizativa, de imágenes, sonidos y símbolos (Castells, 1997: 409 y ss.). Lo más llamativo de estos intercambios es que la mayor parte de las realidades compartidas a través de la sociedad red podemos resumirlas en información. Estos flujos funcionan en torno a ejes y nodos, son un elemento de organización social y también son los procesos que dominan nuestra vida económica y política. El flujo quedaría así entendido como el intercambio y la interacción repetitiva que se produce entre las estructuras económicas, políticas y simbólicas que están físicamente desconectadas, alejadas. Evidentemente, esos intercambios se producen entre los actores que operan en esas estructuras económicas, políticas y simbólicas. Por tanto, el lugar, el espacio físico comienza a perder relevancia, aunque continúa siendo una cuestión importante. Para Castells (2000) se han transformado los viejos espacios de acción, donde éstos ya no dependen de la ubicación geográfica, sino que más bien son espacios de flujos (las localidades son relativamente irrelevantes, respecto a los flujos de información, mercancías o poder). Estas redes (habrá tantas como actividades) están dinamizadas desde los nodos, que son los espacios geográficos desde los que se impulsan los intercambios de flujos. En algunos de estos nodos (por ejemplo, Londres, París, Nuevas York, Tokio, Osaka o Ciudad de México) quedan concentradas las actividades superiores del planeta (desde los servicios financieros, pasando por la investigación y el desarrollo, hasta los medios de comunicación), servicios avanzados que pueden reducirse a la generación de conocimiento e información (Castells, 1997: 412).

3. LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN COMO INSTITUCIONES SOCIALES PODEROSAS

Una vez tratado el estatus adquirido por la información en esta era, es preciso analizar el papel histórico que los medios de comunicación han jugado en el desarrollo de la modernidad, dado que han sido varias las áreas que se han visto profundamente transformadas, como es el caso de la identidad, de la experiencia, de la dimensión pública o de la cultura –con el auge de lo visual– (García Jiménez, 2007). Nos vamos a centrar aquí en el ámbito concreto de la tradición, esto es, el conjunto de creencias, costumbres, ritos, etc. transmitidas de generación en generación, lo que sin duda nos lleva a plantear de manera abierta el debate en torno a la modernidad y a la posmodernidad. La hipótesis que ya planteábamos en la introducción de este artículo es que, al igual que en la emergencia de la modernidad (siglo XVIII) los medios de comunicación fueron uno de los factores claves que ayudaron a la configuración de una nueva época (junto a otros tales como la Reforma Protestante, la Ilustración, las revoluciones burguesas y rebeldes o la Revolución Industrial), en la actualidad los *medios* de nuevo aparecen como una de las causas que pueden ayudar a explicar la aparición de la era posmoderna. En este segundo caso, obviamente, junto a los medios de comunicación apuntaríamos otros factores tales como: la consolidación del sistema capitalista tras la derrota de la Unión Soviética en la guerra fría; la tercera revolución tecnológica, ahora basada en tecnologías de la información; la consolidación del estado de bienestar; la democratización en el consumo² o la cultura de masas.

Leonarda García Jiménez

Sobre la modificación de la tradición, podría decirse que ha superado las limitaciones que suponía su única transmisión y perdurabilidad a través del intercambio cara a cara, como sucedía en épocas anteriores:

La tradición se desritualizó; perdió sus lazos con la experiencia de la vida cotidiana de las personas. Sin embargo, el desarraigo de las tradiciones no les privó del sustento. En vez de ello, preparó el camino para ampliarlas, renovarlas y reincorporarlas en nuevos contextos y unidades espaciales que se encontraban más allá de los límites de la interacción cara a cara (Thompson, 1998: 239).

También Vattimo (1998) señala la modificación de la tradición por la influencia de los *media*. Así, los medios de comunicación liberan al individuo, desempeñando un papel fundamental en el nacimiento de la sociedad posmoderna, dado que la caracterizan no como una sociedad más transparente (título de su obra), sino como una sociedad más compleja, incluso caótica, situación en la que reside la esperanza de emancipación del hombre. Los *media* han jugado un papel preponderante en la disolución de los puntos de vista centrales, en la caída de los grandes metarrelatos (Dios, la razón, la libertad), ya que, y he aquí la posible liberalización del individuo, ofrecen una explosión de las visiones del mundo. En esta multiplicidad de la comunicación, un importante número de subculturas ha tomado la palabra (Vattimo, 1998: 80), pluralización que hace imposible concebir al mundo desde un único punto de vista. El resultado será que la realidad objetiva (en el sentido positivista clásico) no existe, sino que es el resultado del entrecruzamiento de las muchas imágenes, interpretaciones y reconstrucciones que compiten entre sí y que son distribuidas por los *media*. Este hecho es el que abre la puerta a la emancipación del ser humano; en cuanto cae la idea de una racionalidad central de la historia, el mundo de la comunicación generalizada estalla en la multiplicidad de las racionalidades locales (minorías étnicas, sexuales, religiosas, culturales o estéticas) que toman la palabra al no ser, por fin, silenciadas ni reprimidas por la idea de que hay una sola forma verdadera de realizar la humanidad, en detrimento de todas las individuales. El efecto emancipador de la liberación de las racionalidades locales no consiste sólo en la manifestación de lo que cada uno es de verdad (negro, mujer, homosexual, musulmán) sino que está más bien en el extrañamiento que acompaña al primer paso de identificación. Si soy consciente de que mi sistema de valores (religiosos, éticos, políticos, étnicos) no es el único, sino que convive con otros muchos en este mundo de culturas plurales, tomaré conciencia de las limitaciones de todos estos sistemas, empezando por el mío (Vattimo, 1998: 85).

La perspectiva de Vattimo podría ser definida como excesivamente optimista dado que habla de una liberación que es negada de manera sistemática por otros autores posmodernos³. Por ejemplo, Baudrillard (2002) señala que vivimos en una era de simulaciones en la que lo real ha quedado finalmente disuelto en el artificio. El filósofo

² El sistema capitalista ha evolucionado de un capitalismo de producción (a partir del siglo XVIII, implicaba el acceso principalmente a bienes primarios), a uno de consumo (a partir de la segunda mitad del siglo XX, donde cobró especial importancia el sector servicios, se abrió al acceso al consumo de bienes, al ocio y al entretenimiento), para terminar en el contemporáneo de acceso (García Jiménez, 2003).

³ Por ello es muy complejo definir a la posmodernidad con un discurso unitario, porque dentro de la propia corriente se incluyen a autores de muy diferente pensamiento.

francés, en su análisis sobre la sociedad contemporánea, indica que ésta ya no está dominada por la producción, sino por los medios de comunicación, modelos cibernéticos y sistemas de control, ordenadores, industrias de entretenimiento y conocimiento, etc. sistemas que son auténticas fábricas de creación de signos (Kellner, 1989: 61). El objetivo ha cambiado de la explotación y el beneficio, a la dominación de los signos y los sistemas que los producen (Ritzer, 2002: 589). Baudrillard (2002) apunta hacia una *era de la simulación* en el mundo posmoderno en donde los signos enmascaran y esconden la ausencia de una realidad profunda, no significan nada, han perdido el referente que una vez tuvieron con la realidad: se convierten en autorreferenciales, sólo se aluden a sí mismos. La simulación cuestiona la diferencia entre lo verdadero y lo falso, entre lo real y lo imaginario. Ya no podemos diferenciar lo que es real de lo que no: la distinción ha implosionado (Ritzer, 2002: 589). La era de la simulación se abre con la liquidación de todos los referentes, se trata de una suplantación de lo real por los signos de lo real (Baudrillard, 2002: 11), la sustitución de lo real por su representación. Pero Baudrillard llega más allá, dado que para él lo real no tendrá nunca más ocasión de producirse: imperará lo hiperreal que no es otra cosa que la eliminación de distinciones entre lo real y lo imaginario. A partir de ahora al igual que el mapa precede al territorio, el simulacro precede a la realidad.

El autor aplica la metáfora del mapa y el territorio para explicar la simulación y escenificar el *desierto de lo real*. En esta representación, Baudrillard utiliza la fábula de Borges en la que éste cuenta cómo los cartógrafos de un imperio trazaron un mapa tan detallado que llegó a recubrir con toda exactitud al territorio, aunque el ocaso del imperio contempló el paulatino desgarrado de este mapa, que acabó convertido en una ruina despedazada cuyos jirones se esparcieron por el desierto. Obviamente el mapa no era el territorio en sí, sino su representación. Tras esta creación, el territorio ni precedió, ni sobrevivió al mapa. La simulación ya no corresponde a un territorio, a una referencia, a una sustancia, sino que es la generación a través de los modelos de algo sin origen ni realidad: lo hiperreal (Baudrillard, 2002: 9). Como hemos apuntado será el mapa el que preceda al territorio, el que lo engendre, y si fuera preciso retomar la fábula, hoy serían los jirones del territorio los que se pudrirían lentamente sobre la superficie del mapa. La era de la simulación conlleva la creación de reproducciones de objetos y la cada vez más difícil identificación de lo real en cosas que simulan la realidad. En el caso, por ejemplo, de la televisión, Baudrillard habla de la disolución de la misma en la vida y viceversa (la cuestión se centra ahora en saber dónde acaba la una y empieza la otra). Finalmente son las representaciones las que predominan y terminan de manera inevitable eliminando a lo real.

De ahí que donde uno apunta liberación del individuo (Vattimo), el otro ve superación y dominación (Baudrillard). En cualquier caso, esta contraposición de perspectivas no es novedosa, sino que se presenta como la heredera contemporánea de históricas disputas que han protagonizado la investigación de la comunicación (como por ejemplo, la Escuela de Frankfurt, crítica, frente a la Mass Communication Research, funcionalista).

Pero Vattimo no ha sido el único autor que ha señalado la modificación de la experiencia debido a la incidencia, entre otros factores, de los medios de comunicación. También Thompson habla de esta modificación de la tradición. La hipótesis que defiende Thompson (1998: 239), así como la teoría de Vattimo (1998) introducen el de-

bate abierto en torno a la modernidad y a la posmodernidad, puesto que señalan que la tradición y el pensamiento no han sido destruidos por los *media*, sino que más bien han sufrido una transformación. No se trata de que se hayan perdido las tradiciones sino que éstas se redefinen en una nueva época. En este sentido, Thompson se presenta como un autor que describe a la contemporaneidad como moderna antes que posmoderna. Apuntamos esta idea porque una de las conceptualizaciones más generalizadas que se han hecho sobre la posmodernidad es la de aquella época en la que se han debilitado una serie de creencias (Dios, la razón, la libertad) que dotaban de cohesión al orden social.

En este sentido, la posmodernidad supone para Lyotard (1998) el fracaso de los grandes metarrelatos modernos, esto es, de las historias y representaciones más generales y fundamentales a las que se les atribuyó el sentido último y la justificación final de la existencia. Los hombres a lo largo de la historia se han ido adhiriendo a estos valores y han emprendido sus acciones basadas en dichas creencias trascendentales. *La gran función de estos metarrelatos fue legitimar las prácticas morales, sociales y sobre todo políticas* (Hottois, 1999: 480): suministrar propósitos creíbles para la acción, la ciencia o la sociedad en general (Lechte, 2000: 310).

[E]l metarrelato más característico de la modernidad europea fue el de la Ilustración: la historia del progreso de la humanidad gracias al desarrollo de las ciencias y las técnicas, a la sociedad igualitaria y fraternal, liberada de las servidumbres de la naturaleza, de la ignorancia y de la injusticia. El fin de la Historia coincide con el advenimiento de una sociedad emancipada y universal. Este metarrelato del triunfo del racionalismo moderno sigue funcionando todavía hoy en día para justificar la investigación y el desarrollo científicos (Hottois, 1999: 481).

Esta creencia en la razón (y en la ciencia) no es el único metarrelato que pierde su poder de atracción en esta nueva época. No existen verdades absolutas, por lo que hay otras creencias (que otrora dieron sentido y cohesión al menos a parte de la humanidad) que también pierden su capacidad de atracción. Se trata del judeo-cristianismo, marxismo y socialismo, hegelianismo, positivismo o evolucionismo (Hottois, 1999: 477 y 481).

En principio, lo que produce esta caída de las creencias tradicionales –en cuyo derribo, según Vattimo (1998) han tenido una influencia determinante los medios de comunicación– es una desorientación, ya que sin valores profundos a los que aferrarse, los individuos van a la deriva (Jameson, 2001), hasta tal punto que Jameson (1995: 20) señala la muerte del sujeto y el fin del individualismo como tal, ya que los grandes modernismos se basaban en la invención de un estilo personal, privado, tan inconfundible como nuestras huellas digitales e incomparable como nuestro propio cuerpo. En cierto modo la estética modernista estaba orgánicamente vinculada a la concepción de un yo y una identidad privada únicos, una personalidad y una individualidad únicas, presumiblemente generadores de su propia visión única del mundo y forjadores de su propio estilo único e inconfundible. No obstante, según el mismo autor, este tipo de individualismo e identidad personal es una cosa del pasado; el viejo individuo o sujeto individualista está muerto. En la era clásica del capitalismo competitivo (basado en la economía de producción), con el apogeo de la familia nuclear y el surgimiento de la burguesía como la clase social hegemónica, el individuo existía. Pero en el capitalismo corporativo, el denominado hombre organi-

zacional de las burocracias tanto en las empresas como en el Estado, de la explosión demográfica, ese antiguo sujeto burgués individual desaparece. Muerte del sujeto o carencia de sentido refutada desde los supuestos de Lipovetsky, Berger y Luckmann.

En relación al individuo, para Lipovetsky (2000: 51) éste no ha muerto, sino que el individualismo occidental se encuentra en una nueva fase basada en la elaboración de:

[...] una sociedad flexible basada en la información y en la estimulación de las necesidades, el sexo y la asunción de los factores humanos, en el culto a lo natural, a la cordialidad y al sentido del humor [...] Por el nuevo modo de gestionar los comportamientos, y no tanto por la tiranía de los detalles sino por el mínimo de coacciones y el máximo de elecciones privadas posible, con el mínimo de austeridad y el máximo de deseo, con la menor represión y la mayor comprensión posible.

El hecho social y cultural más significativo de nuestro tiempo es la posibilidad de vivir libremente, sin represiones, en donde cada uno escoge de manera íntegra su propio modo de existencia. La cultura posmoderna es la búsqueda de la calidad de vida, la pasión por la personalidad, la sensibilidad ecologista, la moda retro, el abandono de los grandes sistemas de sentido. Las conquistas en la mejora de la calidad de vida suponen para el autor la humanización de la sociedad, la emergencia de valores hedonistas (con la consiguiente legitimación del placer), el respeto a las diferencias, el culto a la liberación personal, al relajamiento, al humor y a la sinceridad, a la expresión libre, en definitiva al mayor poder autonómico del que disfruta el individuo. Este *homo psicologicus*, que sustituye al *economicus*, pone el acento en su ser y bienestar, vive el presente y no en función del pasado o del futuro.

Sobre la crisis de sentido, dirán Berger y Luckmann (2002) que las sociedades modernas no padecen crisis de sentido general, sino que éstas se concentran en áreas concretas de la vida, puesto que los individuos y las comunidades de vida continúan teniendo sus reservas de sentido, lo que sucede es que sí han desaparecido los órdenes de sentido supraordinales con influencia a nivel global.

4. UNA CONCLUSIÓN QUE ES INCONCLUSA

Los planteamientos expuestos en este artículo generan nuevas preguntas que deben ser respondidas desde la reflexión teórica comunicativa. Son varias las cuestiones que han quedado abiertas para posteriores debates, algunas de ellas son las siguientes:

En primer lugar, se hace necesario superar el discurso construido en torno a la sociedad de la información que enfatiza los aspectos cuantitativos de la misma, pero que no profundiza en la comprensión de las consecuencias que está generando la eclosión de los flujos informativos, una vez que sí hemos dejado atrás la falacia de la aldea global McLuhiana.

En segundo, y a pesar de la falta de perspectiva histórica, haría falta continuar con la teorización sobre la tercera gran revolución tecnológica, planteamiento que supere el carácter excesivamente tecnicista que en ocasiones impregna a las reflexiones esbozadas sobre las tecnologías de la información y la comunicación.

Leonarda García Jiménez

En tercer lugar, sería recomendable explorar el binomio que conforman los medios de comunicación y la cuestión del sentido, una vez determinada la influencia de los primeros en el orden cultural.

Por último, tampoco quisiéramos pasar por alto lo introducido en el inicio de este artículo sobre la cada vez más necesaria superación de la visión excesivamente eurocentrista con la que hemos articulado los discursos en torno a la globalización, a la sociedad red. La pregunta que ahora toca responder debe centrarse en cuáles son las claves ecológicas de la contemporaneidad (desde occidente, pasando por América latina, hasta el eje Asia-Pacífico), una visión que contemple la heterogeneidad de un entorno que no puede ni debe ser obviado por y desde el pensamiento europeo. En el caso concreto español, creemos que articular la comprensión cultural-ecológica de lo iberoamericano como encuentro de culturas históricamente hermanadas, es una tarea pendiente desde la investigación en Ciencias de la Comunicación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALONSO, C. J. *La agonía del cientificismo. Una aproximación a la filosofía de la ciencia*. Navarra: Eunsa, 2004.

BAUDRILLARD, J. *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós, 2002.

BERGER, P. L.; LUCKMANN, T. *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*. Barcelona: Paidós, 2002.

CASTELLS, M. *La Galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*. Madrid: Areté, 2001.

– (2000). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. La sociedad red*, Vol I. Madrid: Alianza Editorial.

– (1997). *La era de la información. Economía sociedad y cultura. La sociedad red*, Vol I. Madrid: Alianza.

CRAIG, R. T. “Communication theory as a field”. *Communication Theory*, nº 9 (mayo de 1999), pp. 119-161.

GALINDO CÁCERES, J. La lucha de la luz y la sombra. En GALINDO CÁCERES, J. (coord.) *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. México: Pearson, 1998, pp. 9-31.

GARCÍA JIMÉNEZ, L. *Las Teorías de la Comunicación en España: un mapa sobre el territorio de nuestra investigación (1980-2006)*. Madrid: Tecnos, 2007.

– (2003) *El sujeto y los media: economía política del individuo en la cultura posmoderna*, trabajo de investigación inédito para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados, Universidad Católica de Murcia.

HOTTOIS, G. *Historia de la filosofía. Del renacimiento a la posmodernidad*. Madrid: Cátedra, 1999.

JAMESON, F. *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós, 1995.

– (2001) *Teoría de la posmodernidad*. Madrid: Trotta, 2001.

KELLNER, D. *Jean Baudrillard: From Marxism to postmodernism and Beyond*. Cambridge: Polity Press, 1989.

LECHTE, J. *Cincuenta pensadores contemporáneos esenciales*. Madrid: Cátedra, 2000.

LIPOVETSKY, G. *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama, 2000.

LYOTARD, J. F. *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra, 1998.

MATTELART, A. *Historia de la sociedad de la información*. Barcelona: Paidós, 2002.

PÉREZ TAPIAS, J. A. *Internautas y naufragos. La búsqueda de sentido en la cultura digital*. Madrid: Trotta, 2003.

RIFKIN, J. *La era del acceso*. Barcelona: Paidós, 2000.

RITZER, G. *Teoría sociológica moderna*. Madrid: McGraw Hill, 2002.

TELEFÓNICA. *La Sociedad de la información en España. Perspectivas 2001-2005*. [en línea] 2003 [Consulta: 10 de enero de 2005]. Disponible en www.telefonica.es/sociedaddelainformacion/espana2001

THOMPSON, J. B. *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós, 1998.

VATTIMO, G. *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós, 1998.

Breve semblanza de la autora

Leonarda García Jiménez es doctora en comunicación y profesora de Teoría de la Comunicación en la Universidad Católica de Murcia (España). Ha sido investigadora contratada FPI (formación de personal investigador por concurso público) desde 2002 hasta 2006. Cuenta con más de cincuenta publicaciones y participaciones en congresos y seminarios internacionales. Ha formado y forma parte de varios proyectos de investigación en campañas electorales subvencionados con fondos públicos. Es socia fundadora de la Asociación Española de Investigación en Comunicación (AEIC) y miembro de ICA (International Communication Association), SEP (Sociedad Española de Periodística), ACOP (Asociación de comunicación Política), GUCOM (Grupo de investigación Hacia una Comunicología Posible) y del consejo de redacción de las revistas científicas *Sphera Publica* y *Textos para la cibersociedad*.

(Recibido el 9-10-07, aceptado el 13-02-08)